

MADRID, 30 DICIEMBRE 1952.-N.º 671-AÑO XIII-PRECIO: 5,00 PTAS.

SEMANA



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL
MADRID

EL SENTIMIENTO COMICO DE LA VIDA

(CONTINUACION)

Por MIGUEL DE UNAMUNO



UNA de aquellas observaciones en excursiones furtivas le dejó una impresión profunda. Y fué que al meterse un anoche en un café de barrio, a poco de entrar en él entró una moza, larga de uñas, de pestañas—como Rosita—; aquéllas, las uñas, teñidas de rojo, y negras las pestañas bajo las cejas afeitadas y luego teñidas de negro; pestañas como uñas de los párpados hinchados y amoratados en acorde con los labios de su boca, hinchados y amoratados también. “Pestañuda”, se dijo Emeterio. Y se acordó de lo que había oído decir a Celedonio—que era un erudito—de cierta planta carnívora, la drosera, que con una especie de pestañas apresa a pobres insectos, atraídos por su flor, y les chupa el jugo. Entró la pestañuda contoneándose, hurgó el recinto con sus ojos, resbaló su mirada por Emeterio y echó un pestañazo a un vejete calvo que sorbía poco a poco su leche con café, después de haberse engullido media tostada. Le lanzó las uñas de sus párpados en guiñada, a la vez que se humedecía los hinchados labios con la lengua. Al vejete se le encendió la calva, poniéndosele del color de las uñas de los dedos de la moza, y mientras ésta se salivaba los amoratados labios, él se tragaba en seco—así—la saliva. Ladeó ella la cabeza, y alzándose como resorte, se salió. Y tras ella, rascándose la nariz como por disimulo, y a rastras de las pestañas de la pestañuda, él, el pobre del café con leche. Y tras de los dos, transido, Emeterio, que se decía: “¿Tendrá razón don Hilarión?”

Y así corrían los años, y Emeterio vivía como una sombra errante y ahorrativa, como un hongo, sin porvenir y ya casi sin pasado. Porque iba perdiendo la memoria de éste. Ya no frecuentaba a Celedonio y casi le huía. Sobre todo desde que Celedonio se había casado con la criada.

—Pero ¿qué es de ti, Emeterio?—le preguntó aquél una vez que se encontraron.—¿Qué es de ti?

—Mira, chico; no lo sé. Ya no sé quién soy.

—¿Y antes lo sabías?

—Ya no sé ni si soy... Vivo...

—Y te enriqueces, me dicen...

—¿Enriquecerme?

—Y de Rosita, ¿qué es? Porque él, Martínez, produjo ya lo más que puede producir...

—¿Qué? ¿Más estados interesantes? ¿Más hijos?

—No, sino una vacante en el escalafón...

—¿Qué? ¿Se murió?

—Sí, se murió, dejando a Rosita viuda y con una hija. Y tú también, Emeterio, producirás algún día una vacante... en el Banco.

—¿Calla, calla! No hables de eso.

Y Emeterio huyó, pensando en la vacante. Y ya toda su preocupación, bajo la sombra nebulosa en que se le iban fundiendo sus ajados recuerdos, era la vacante. Y para distraerse, para olvidar que envejecía, para no pensar en que un día habría que jubilarse—¡jubilado y buey suelto, buey jubilado!—,

recorría las calles, buscando con mirada ansiosa alguna imagen a que agarrarse. “¡Jubilado y buey!—se decía—. ¡Vaya un jubilo! ¿Y qué jubilación le habrá quedado, aparte de su hija, a Rosita?”

Hasta que un día, de pronto, como en súbita revelación providencial, el corazón se le desveló, le dió un vuelco y sintió que renacía el pasado que pudo haber sido y no fué, que renacía su ex futuro. ¿Quién era aquella aparición maravillosa que llenó la calle con su aroma de selva virgen? ¿Quién era aquella mocita arrogante, de llamativa mirada, que iba rejuveneciendo a los que la miraban? Y se puso a seguirla. Y ella, que se sintió seguida, pisó más fuerte y alguna vez volvió la cabeza, con una mirada toda sonrisa en los ojos, jubilosa sonrisa de lástima al ver al que la miraba. “Esta mirada—se dijo Emeterio—me llega de otro mundo..., sí; me parece como si me llegara de mi viejo mundo, de aquel donde me aguarda el calendario de antaño.”

Pero ya tenía una ocupación, y era seguir a la aparición misteriosa, averiguar dónde vivía, quién era y... ¡Ay, aquella terrible vacante por jubilación o por...! ¡Y aquellas distracciones al calcular los intereses ajenos!

A los pocos días, en sus correrías por los barrios en que la aparición tuvo lugar, vió a ésta acompañada de un mocito. Y se le representó, no sabía bien por qué, Martínez. Y sintió celos. “¡Vaya! Me voy volviendo chocho—se dijo—. ¡Esa jubilación en puerta...! ¡Esa vacante!”

Pocos días después se encontró con Celedonio.

—¿Sabes, Celedonio, a quién he encontrado ayer?

—Claro está que lo sé: ¡a Rosita!

—¿Y cómo lo has sabido?

—Basta verte la mirada. Porque te encuentro rejuvenecido, Emeterio.

—¿De veras? Pues así es.

—¿Y cómo la encontraste?

—Pues mira: hace ya días, en uno de mis vagabundeos callejeros, di con una aparición divina; te digo, Celedonio, que divina..., con una mocita todo llama en los ojos, toda vida, toda...

—Deja el “Cantar de los Cantares”, y al caso.

—Y di en seguida. Sin sospechar, ¡claro!, quién era. Aunque acaso me lo decía el corazón, una corazonada me lo decía, sin que se lo entendiera bien, ese..., ese...

—Sí, lo que Martínez, su padre, llamaría el subconsciente...

—Pues sí, el subcociente ese...

—Subconsciente se dice...

—Pues el subcociente me lo decía; pero yo sin entenderle... Y la vi con un mocito, su novio, y sentí celos...

—Sí, de Martínez.

—Y hasta me propuse desbancar al mocito...

—A quien van a desbancarte es a ti, Emeterio.

—No me recuerdes la jubilación, que ahora todo mi corazón es jubilo. Claro que yo me decía: “Mira, Emeterio; a ver si ahora, a tus cincuenta pasados, vas a caer con una chiquilla que puede muy bien ser tu hija... Mira, Emeterio...”

—Bien. ¿Y en qué se quedó ello?

—En que ayer, al llegar, siguiendo a esa chiquilla divina, a la casa en que vive, me encuentro con que sale de ella Rosita en persona, ¡su madre! ¡Y si vieras cómo está! ¡Apenas si han pasado por ella los años!

—No han pasado por ti..., con sus intereses.

—¡Una jamona de cuarenta y seis y con chorreras! Sí, una señora de incierta edad... Y en cuanto me vió: “¡Dichosos los ojos, don Emeterio!...” “¡Y tan dichosos, Rosita, tan dichosos!”, le respondí. “Pero ¿qué ojos?”, me preguntó. Y nos pusimos a hablar, hasta que me invitó a subir a su casa...

—Y subiste y te presentó a su hija...

—¡Cabal!

—Siempre fué Rosita, lo sabes mejor que yo, mujer de táctica y maniobrera.

—Pero ¿tú crees?

—Lo que yo creo es que estaba al tanto de tus seguimientos tras de su hija, y que ya que tú le escapaste, piensa cazarte o pescarte, y con tus intereses, para su hija...

—¡Verás, verás! Me presentó, en efecto, a su hija, a Clotilde, pero ésta se nos fué en seguida, pretextando no sé qué, lo que me pareció que no le hacía mucha gracia a su madre...

—Claro, se iba tras de su novio...

—Y nos quedamos solos...

—Ahora empieza lo interesante.

—Y me contó su vida y su viudedad. Verás, a ver si recuerdo: “Desde que usted se nos escapó...”, empezó diciéndome. Y yo: “¿Escaparme?” Y ella: “Sí; desde que se nos escapó, yo quedé inconsolable, porque aquello, reconózcalo usted, don Emeterio, no estuvo bien, no; no estuvo ni medio bien... Y, al fin, tuve que casarme. ¿Qué remedio!” “¿Y su marido?”, le dije. “¿Quién? ¿Martínez? ¡Pobrecillo! Un pobre hombre... pobre, que es lo peor...”

—Y ella, Emeterio, pensaba, en tanto, que un pobre hombre rico, como tú, es lo mejor...

—No lo sé. Y empezó a hacerme pucheros...

—Sí; pensando en el suyo y de su hija...

—Y me dijo que ésta es una alhaja, una joya...

(Continúa en las páginas siguientes.)

—Sin montura...
—¿Qué quieres decir?
—Nada; que ahora trata de que la engastes tú...
—Pero ¿qué cosas se te ocurren, Celedonio!
—¡A ella, a ella!
—Creo que te equivocas al suponerla...
—No, si yo no supongo otra cosa sino que trata de colocar a su hija, de colocártela...
—Y si así fuese, ¿qué?
—Que ya has caído, Emeterio; que ya has caído, que ya te ha cazado o pescado.
—¿Y qué?
—Nada, que ahora puedes jubilarte.
—Y al acabar la visita me dijo: "Y ahora vuelva cuando quiera, don Emeterio; ésta es su casa."
—Y lo será.
—Depende de Clotilde.
—No; depende de Rosita.

Y, en efecto, empezó, en tanto, entre Rosita y su hija Clotilde un especie de duelo.
—Mira, hija mía; es preciso que lo pienses bien y te dejes de chiquillerías. Ese, tu novio, ese Paquito, no me parece un partido, y, en cambio, don Emeterio lo es...

—¿Partido?
—Sí, partido. Claro es que te lleva bastantes años, que podría muy bien, por su edad, ser tu padre; pero aun está de buen ver, y, sobre todo, me he informado bien de ello, anda muy bien de caja...

—Y claro, como no pudiste, siendo tú, como yo ahora, moza, encajártelo, me lo quieres encajar a mí... "¡Pa'chasco!" ¿Vejestorios a mí? Y dime: ¿por qué le dejaste escapar?

—Como siempre ha sido muy ahorrativo, tenía la preocupación de la salud. Y yo no sé qué se le antojó si se casaba conmigo...

—Pues ahora, mamá, peor; porque a sus años eso de la salud debe preocuparle más.

—Pues yo creo que no, que ahora ya no le preocupa la salud, sino todo lo contrario, y que debes aprovecharte de ello.

—Pues mira, mamá; yo soy joven, me siento joven, y no quiero sacrificarme a hacer de enfermera para quedarme luego con un capitalito. No, no; yo quiero gozar de mi vida...

—¿Qué boba eres, hija mía! Tú no sabes lo de la cadena.

—¿Y qué es eso?

—Pues mira: tú te casas con ese señor, que te lleva..., bien, lo que te lleve... Le cuidas...

—Cuido de su salud, ¿eh?

—Pero no demasiado, no es menester que te sacrifiques. Lo primero es cumplir. Cumples...

—¿Y él?

—El cumple, y te quedas viuda, hecha ya una matrona, en buena edad todavía...

—Como tú ahora, ¿no es eso?

—Sí, como yo; sólo que yo no tengo sobre qué caerme muerta, mientras que tú, si te casas con don Emeterio, te quedarás viuda en otras condiciones...

—Sí, y teniendo sobre qué caerme viva...

—Ahí está el toque. Porque entonces, viuda, rica y además de buen ver, porque tú vas a mí y has de ganar con los años..., viuda y rica, puedes comprar al Paquito que más te guste.

—El cual, a su vez, me hereda los cuartos y se busca luego, don Emeterio ya él, una Clotilde...

—Y así sigue, y esa es la cadena, hija mía.

—Pues yo, mamá, no me ato con ella.

—¿Es decir, que te emperras, o mejor te

engatas con tu michino? ¿Y "contigo pan y cebolla"? Piénsalo bien, hija, piénsalo.

—Lo tengo pensado y repensado. ¡Con don Emeterio, no! Ya sabré ganarme mi vida, si es preciso; nada de su caja.

—Mira, hija, que él está entusiasmado, chocho, chochito el pobre hombre, que es capaz de hacer por ti toda clase de locuras; mira que...

—Lo dicho, dicho; mamá.

—Bueno, y ahora, ¿qué le digo yo cuando vuelva? ¿Qué hago con él?

—Pues volver a encandilarlo.

—¿Pero, hija...!

—Usted me entiende, madre.

—Demasiado, hija.

Y volvió, ¡claro está!, don Emeterio a casa de Rosita.

—Mire, don Emeterio: mi hija no quiere oír hablar de usted.

—¿Ni hablar?

—Vamos, sí; que no quiere que se le mienta lo del casorio...

—No, no, nada de querer forzarla, Rosita; nada de eso... Pero yo..., me parece rejuvenecer..., me parezco otro..., soy capaz de...

—¿De dotarla?

—Soy capaz de..., me sería tan grato, a mi edad..., siempre tan solo..., tener un hogar..., criar una familia..., la soltería ya me pesa..., me persiguen la jubilación y la vacante...

—La verdad, Emeterio—le suprimió, ¡por primera vez!, el "don"—, me extraña eso de que usted se dedicase a ahorrar así una fortuna, no teniendo familia..., no lo comprendía...

—Eso dice también don Hilarión.

—Pero, dígame, Emeterio, dígame: ¿se le han curado aquellas aprensiones de salud de nuestros buenos tiempos?

Emeterio no sabía ya si soñaba o estaba despierto; se creía transportado, a redro tiempo, a aquellos tiempos soñados de hacía veintitantos años; todo lo posterior se había desvanecido en su memoria, y hasta la aparición de Clotilde se le desvanecía. Sentía mareo.

—¿Se le han curado aquellas aprensiones de salud, Emeterio?

—Ahora, Rosita, ahora me siento capaz de todo. ¡Y no temo ni... a la vacante! ¿Por qué dejé, Dios mío, escapar aquella ocasión?

—¿Pero no estoy yo aquí, Emeterio?

—¿Tú, tú, Rosita? ¿Tú?

—Sí, yo..., yo...

—Pero...

—Vamos, Emeterio, ¿qué te parezco?

—Yo te juro que cuando vine acá, tras de Clotilde, venía, aun sin saberlo, tras de ti, tras de ti, Rosita; tras de ti... Era la que-rencia..., o, como creo que decía Martínez, el subcociente...

—¿Y eso, con qué se come?, porque nunca le oí hablar de tal cosa...

—No, no es cosa de comer... Aunque para comer, y comer bien, tenemos más que bastante con mi fortuna...

—Sí, ¿para comer... los cuatro?

—¿Qué cuatro, Rosita?

—Pues, tú..., yo..., Clotilde...

—Son tres.

—¡Y... Paquito!

—¿Paquito también? ¡Sea! ¡A la memoria de Martínez!

Y fué tal la alegría de Rosita, señora ya de incierta edad, que se echó a llorar—¿histerismo? Que no eran, no, lágrimas de cocodrilo.

Y quedó acordado y sellado que se casarían los cuatro: Rosita con Emeterio, Clotilde con Paquito, y que vivirían juntos, en

doble familia, y que Emeterio dotaría a Clotilde.

—No esperaba menos de ti, Emeterio, y ya verás ahora los años que has de vivir...

—Sí, y con júbilo, aunque jubilado. Y no espero dejarte vacante.

Y se casaron el mismo día, la madre con Emeterio y la hija con Paquito. Y se fueron a vivir juntos los dos matrimonios. Y se jubiló Emeterio. Y fué una doble luna de miel, la una menguante y la otra creciente.

—La nuestra, Rosita—decía Emeterio, en un ataque de melancolía retrospectiva—, no es de miel, sino de cera...

—Bueno, cállate ahora y no pienses tonterías.

—¿Si no hubiese sido tan tonto hace... los años que haga...!

—No seas grosero, Emeterio, y menos ahora.

—Ahora que eres una señora de cierta edad...

—¿Te parezco...?

—Mejor que de moza, créemelo.

—¿Pues, entonces?

—¡Ay, Rosita, Rosita de Sarón, estás como nueva...!

—Y dime, Emeterio; ¿se te ha pasado aquello de las charadas...? Porque me daba pena verte con aquello de: "mi primera..., mi segunda..., mi tercera..."

—¡Cállate, mi todo!

Y luego:

—Pero, dime; tu primer marido, Martínez, el padre de Clotilde...

—¿Ahora con celos retrospectivos?

—¡Es el subcociente!

—Pues él te estaba muy agradecido, y hasta te admiraba.

—¿Admirarme a mí?

—A ti, sí; a ti. Bien es verdad que yo le hice saber todo lo correcto que fuiste conmigo, y cómo te portaste como todo un caballero...

—¿El caballero fué él, Martínez!

—Y mira, ¿ves este medallón? Aquí llevaba un retrato de Martínez; pero por debajo, tapado con el de él, el tuyo..., y ahora ¿ves?

—Y ahora, debajo del mío estará el del otro, ¿no?

—¿Cuál? ¿El del muerto? ¡Quiá! ¡No soy tan romántica!

—Pues yo tengo que enseñarte el calendario que tenía en mi cuarto cuando decidí aquella escapatoria. No arranqué la hoja de aquel día, y así lo guardo.

—¿Y ahora piensas ir arrancando sus hojas?

—¿Para qué? ¿Para descifrar las charadas del resto de aquel año fatídico? No, mi todo; no.

—¡Ay, rico mío!

—Rico, ¿eh? ¿Rico? Yo soy un pobre hombre, pero no un pobre hombre... pobre.

—¿Y quién dice eso?

—Me lo digo yo.

Apenas pasada la luna de miel, encontré un día Emeterio con Celedonio.

—Te encuentro, Emeterio, rejuvenecido. Se ve que te prueba a la salud el matrimonio.

—¡Y tanto, Celedonio; tanto! Esa Rosita es un remedio..., ¡parece imposible! ¡Claro, tantos años viuda!...

—Todo es cuestión de economía, Emeterio; claro que no política, sino de máximos y mínimos. Hay que saber ahorrarse. Cuidado, pues, con que con tu Rosita te derroches y te las lies... Además, esa convivencia con el matrimonio joven..., esa Clotilde..., ese Paquito...

—¿Quién? ¿Mi yernastro? Es un pobre chico. ¡Manual! ¡Figúrate, Manual!

—Sí; estaría mejor prontuario, o epitome.

—¡O cartilla! Pero, ¡manual! Te digo que es un titi, un mico...

—Sí, un cuadrumano, quieres decir. Pues esos son los peligrosos. Tú, ante todo, ¡cuida de tu salud!

—Quienes me la cuidan son ellos, los tres. Mira, hace poco tuve que guardar cama con un fuerte catarro, ¡y si vieras con qué mimo me traía los ponches calientes Clotildita! ¡Es un encanto! Y luego, ¿sabes?, Clotildita tiene una habilidad que parece ha heredado de doña Tomasa, su abuela materna, mi patrona que fué, y es que silba que ni un canario. Doña Tomasa también silbaba, sobre todo cuando se ponía a freír huevos, pero su nieta no la llegó a conocer—se murió antes de nacer ésta—, y como Rosita no ha sabido jamás silbar, que yo sepa, ¿de dónde adquirió Clotildita esa habilidad con que silba las últimas cancioncillas de las zarzuelas? ¡Misterios de la naturaleza femenina!

—Eso, Emeterio, debe de tener que ver con la serpiente de la caída, o, mejor, tirada del paraíso...

—Y lo curioso, Celedonio, es que fuera de eso usa siempre palabras de simple sentido, y no tiene recámara alguna...

—Que te crees tú eso, Emeterio...

—Sí; es, aparte lo físico, completamente Martínez.

—Sí, su metafísica es paternal, martineziana.

—Los sábados vamos los cuatro al teatro, y nada de drama. A Rosita y a Clotilde les gusta lo de reír: comedias, astracadas, y a nosotros, a mí y a Paquito, nos gusta que se rian. Y no les asustan, ¡claro! los chistes, y como no veo mal en ello...

—Al contrario, Emeterio—y al decirlo se puso Celedonio más serio que un catedrático de estética—, al contrario; la risa lo purifica todo. La risa está indicada para los estreñidos, los misantrópicos; es mejor que el agua de Carabaña. Es la virtud purgativa del arte, la catarsis, que dijo Aristóteles, o Aristófanos, o quien lo dijera, ¿Y he dicho algo, Emeterio?

—Sí, Celedonio; si: hay que cultivar el sentimiento cómico de la vida, diga lo que quiera ese Unamuno.

—Yo, por mi parte, Emeterio, he empezado ya a escribir una disertación apologetico-exegético-místico-metafísica sobre el rejo de Rahab. Y te hago gracia de las citas bíblicas, con eso de capítulo y versillo, porque yo no soy, gracias a Dios, Unamuno.

—Pues mira, Celedonio; esto que me dices de estar escribiendo esa disertación, me recuerda que hablando con Rosita, de Martínez, me ha dicho que se puso éste a escribir una novela en que, cambiados los nombres, salíamos ella, Rosita, y yo y la casa de huéspedes de doña Tomasa, pero que ella, Rosita, no se la dejó publicar. "Que la escribiera, bien—me decía—, si así le divertía, pero ¿publicarla?" "¿Y por qué no—le digo yo—, si así se han de divertir otros leyéndola?" ¿No te parece?

—Tienes razón en eso, Emeterio, mucha razón. Y, sobre todo, cultivemos, como decías muy bien antes, el sentimiento cómico de la vida, sin pensar en vacantes. Porque ya sabes aquel viejo y acreditado aforismo metafísico: ¡De este mundo sacarás lo que metas, y no más!

Y se separaron corroborados en su amor a la vida que pasa, y mejores, más optimistas

que antes. Si es que sabemos qué sea eso de optimismo. Y qué sea lo de júbilo y tristeza, y lo de metafísica. ¡Camelos de críticos!

Un día, Rosita se le acercó con cierta misteriosa sonrisa a Emeterio, y abrazándole, le dijo al oído:

—¿Sabes, rico, una noticia? ¿Un acertijo?

—¿Qué?

—Adivina, adivinaja, ¿quién puso el huevo en la paja?

—¿Y quién puso la paja en el huevo, Rosita?

—Bueno, no te me vengas con mandangas, y contesta. ¿Sabes el acertijo? ¿Lo sabes? Sí o no, como Cristo nos enseña...

—No, ¡sopitas!, ¡sopitas!

—Pues que vamos a tener un nietito...

—¿Nietito? ¡Tuyo! ¡Mío será nietastrito!

—Bueno, no seas roñoso.

—No, no; a mí me gusta propiedad en la lengua. El hijo de la hijastra, nietastrito.

—¿Y el hijastro de la hija, ¿cómo?

—Tienes razón, Rosita... Y luego dirán que es rica esta pobre lengua nuestra castellana..., rica lengua... rica lengua... ¡Sí, las mollejas!

—¿Qué cosas se te han ocurrido siempre, Emeterio!...

—Y a ti, ¡qué cosas te han ocurrido!

Y Emeterio se quedó pensando, al ver a Paquito: "Y éste, el hijo político de mi mujer, ¿qué es mío? ¿Hijastro político? ¿O hijo politicastro? ¿O hijastro politicastro? ¡Qué lío!"

Y vino al mundo el nietastrito, y Emeterio se volvió aún más chocho.

—No sabes el cariño que le voy tomando—le decía a Celedonio—. El me heredaré, él será mi heredero universal y único, el de mi dinero, se entiende, y, en cambio, me moriré con la satisfacción de no haberle transmitido ninguna tara física y de que así no heredaré nada de esta simplicidad que ha sido mi vida. Y cuidaré de que no se aficionen a descifrar charadas.

—Y Clotilde, claro, con eso de ser madre, habrá mejorado.

—Está espléndida, Celedonio; te digo que espléndida, y más llamativa que nunca.

—¡Bah! Lo seguro es atenerse a lo de Santo Tomás Apóstol, y vuelvo a hacerte gracia de la cita.

—Con Clotilde, Celedonio, me basta con ver. Y ver que es una joya, como dice su madre; es su madre mejorada.

—Vamos, sí mejor montada. Pero, entonces, consuélate, porque si llegas a casarte a tiempo con Rosita, Clotilde no habría salido como salió.

—Sí, a menudo me pongo a pensar cómo habría sido Clotilde si hubiese sido yo su padre verdadero...

—¡Bah!, acaso pasó a ella lo mejor tuyo, la idea de que de ti tenía Rosita...

—Eso me lo dice ésta, y más ahora, que estoy reducido a idea... ¡Pero el nietastrito no es idea!

—Y el nietastrito se debe a ti, a tu generosidad, porque tú eres el que casaste a Paquito y Clotilde. ¿Te acuerdas de cuando hablábamos de tu vocación para el oficio necesarísimo en la república bien organizada?

—¡Que si me acuerdo...!

—Y tú, siguiendo por tu vocación celestinesca a la parejita de Clotilde y Paquito, hiciste de celestino de ti mismo. ¡Admirable son los caminos de la Providencia!

—Sí, y cuando empezaba a cansarme del camino de la vida.

—Tú le serviste a Rosita para que pescara a Martínez, el predestinado, quien sin ti no habría picado, y Martínez le ha servido a ella misma, haciéndole a Clotilde, para que te haya pescado ahora a ti.

—¿Y si Martínez no se muere?

—Me da el corazón que habría acabado ella lo mismo.

—Pero, entonces...

—Sí, es más decentemente moral que se la pegue al muerto... Y así ha resuelto el problema de su vida.

—¿Cuál?

—¡Otra! ¡El de pegársela a alguien! Y tú, el de la tuya.

—¿Y cuál es el problema de mi vida, Celedonio?

—El aburrimiento de la soledad ahorrativa, por no querer hacer el primo, por temor a que se la peguen a uno.

—Es verdad..., es verdad...

—Y es que el solitario, el aburrido, da en hacer solitarios, y esto acaba por imbecilizar.

—¡Hombre, te diré!...Ahora, después de cenar, nos solemos poner Rosita y yo junto al brasero, a jugar al tute...

—¿No te lo decía, Emeterio; no te lo decía? ¿Lo ves? Y te hace trampas, ¿no es eso? ¿Para fallarte las cuarenta?

—Alguna vez.

—¿Y a ti te divierte que te las haga, y te ríes, como si te hicieran cosquillas, de que te las fallen? ¿Y te dejas engañar? Pues ésa es toda la filosofía del sentido cómico de la vida. De los chistes que se hacen en las comedias nadie se ríe más que los filósofos, heroicos. ¿Gozar es sentirse ridículo? ¡Placer divino reírse de los reidores de uno!...

—Pero...

—Y aun hay otro grado mayor de elevación, y es el de hacerse espectáculo para que el mundo se divierta...

—Pero yo, Celedonio...

—No; tú, Emeterio, no te has elevado a esas cumbres de excelsitud, aunque has cumplido como bueno. Y ahora sigue jugando al tute; pero sin arriesgar nada, desinteresadamente, que en el desinterés está el chiste... Y en el chiste está la vida.

—Bueno, basta; que esos conceptos me hurgan en el bulbo raquídeo.

—Pues ráscate el cogote, y así se te irá la caspa.

Y ahora, mis lectores, los que han leído antes mi "Amor y pedagogía" y mi "Niebla" y mis otras novelas y cuentos, recordando que todos los protagonistas de ellos, los que me han hecho, se murieron o se mataron—y un jesuita ha llegado a decir que soy un inductor al suicidio—, se preguntarán cómo acabó Emeterio Alfonso. Pero estos hombres así, a lo Emeterio Alfonso—o don Emeterio de Alfonso—no se matan ni se mueren; son inmortales o, más bien, resucitan en cadena. Y confío, lectores, en que mi Emeterio Alfonso será inmortal.

Miguel de UNAMUNO

En nuestro número próximo:

"LA GOTA DE SANGRE"

De doña Emilia Pardo Bazán.